

Para completar la vigorosa tonalidad del pensamiento falta, sin embargo, el rumor de las aguas de ese arroyo donde ríela la Luna, y cuya tranquilidad contrasta con la lucha de esos dos animales que se batan. Falta oír el bramido hueco y aterrador que sale de sus gargantas enronquecidas por la ira, el ruido del choque continuo, el de la esgrima de esos cuernos que sólo buscan carne para herir, y que á veces permanecen entrelazados después de muertos los que los sustentan, como testimonio de un odio y de un rencor que va más allá del último suspiro. Es indispensable ver, como nosotros hemos visto, los escorzos de aquellos cuerpos que se retuercen en la agonía y se revuelcan en la sangre, y oír los fuertes resoplidos del vencedor, y el bramido con que anuncia su triunfo á la hembra, sobre la que satisface al punto su deseo, á menos de que no sobrevenga otro competidor, al que acomete con furia más rabiosa que al primero. La cierva, entretanto, ha permanecido neutral, indiferente de todo punto, y sin que la sensibilidad propia de su sexo se revele por el rasgo más insignificante. Aguarda el resultado de la lucha sin emoción; se siente, sin duda, orgullosa de ser objeto y galardón de la pelea, y sin elección previa espera con calma al ciervo victorioso. No se entrega al macho, sino al héroe; cualquiera diría que el amor propio es en ella una pasión que eclipsa la de los placeres materiales.

El venado es tan ardiente como inconstante, y no está mucho tiempo en compañía de aquélla por quien riñe tan tremendas batallas. A los ocho ó diez días la abandona para buscar á otra, con la que está menos tiempo; y así va sucesivamente, hasta que se siente extenuado por completo, retirándose á las orillas de las selvas más feraces y cultivadas, donde descansa, reponiéndose de una fatiga que dura tres semanas, entre los meses de setiembre y octubre.

Loco, frenético, fuera de sí, y sin discernimiento bastante para evitar el peligro, se deja sorprender fácilmente cuando está en el período del celo, y de él se aprovechan los hombres para cazarlo á la brama, imitando la de la hembra con auxilio de un caracol. Estas cacerías se hacen en las noches de luna, revistiendo un carácter tan imponente por la hora, por los medios y por las circunstancias, que no es posible asistir á ellas sin sentirse impresionado por la solemnidad del espectáculo. Los cazadores se diseminan en medio del mayor silencio por entre los árboles del monte, que semejan vagos fantasmas; percíbense sonidos tenues y misteriosos á través de las hojas medio secas de los jarales; reina en los ámbitos esa medrosa calma que pre-

side siempre el sueño de la naturaleza, cuando de pronto se escucha, á lo lejos, la brama de las reses. Contesta el sonido del caracol, que las va poco á poco atrayendo á los puestos que ocupan los cazadores. Si los ciervos responden al reclamo, pero no entran, es preciso ir á buscarlos con mucha cautela, que en algunos casos no ha sido bastante á impedir una desgracia, ocasionada por equivocar el cazador la brama natural del ciervo con la fingida del caracol y tirar al hombre que le hace sonar, porque es imposible distinguir su forma entre una luz indecisa, y oculta como se halla en la espesura de las matas. Pero por fortuna son raras las veces que esto ocurre y en que tan fatal accidente viene á turbar los majestuosos goces de una montería nocturna, verdadero poema de la venación, al que sirven de prólogo esos tremendos combates, como el que hemos tratado de describir, y que con tanto realismo reproduce el cuadro perfecto que ofrecemos á nuestros lectores.

Si fuera posible que esos venados palpitaran, y que no oscureciesen los celajes el resplandor del astro que brilla en el cielo, antes de acabar de leer estas líneas veríamos salpicadas de sangre las plantas que tapizan el lugar de la pelea, y enrojecidas las aguas de ese claro arroyuelo, oyendo después juntos, como final del drama, los bramidos mezclados del vencedor y los de la cierva que ha sido testigo y premio de tan esforzada lucha.

III

Año de nieves, año de bienes, dice el adagio español; y es tan cierto, que en este nuestro clima, donde no son de excesiva duración, aprovechan, no sólo á los campos, á quienes benefician, porque todas se consumen en la tierra que cubren, sino que, por el pronto desarrollo de las hierbas, producen abundantes pastos á la caza.

El invierno de 1875 á 1876, que fué pródigo en nieves en toda la Península, hubo caza con exceso en casi todas las provincias, porque las hierbas fueron exuberantes y contribuyeron al fomento de la cría. Es cierto que en algunas localidades del norte, donde las nieves fueron excesivas y persistentes, la caza de la montaña tuvo que sufrir los efectos del hambre en los primeros días, hasta que los animales silvestres bajaron á los llanos, en los que, aun cuando cubiertos por las nieves, encontraban alimento en las hojas de las plantas que las tienen perennes.

La caza mayor se apoderó de los bosques en que había madroñeras, cornicabras y lentiscos, dejándolos desnudos, comiéndose hasta las yemas y ramitas más tiernas.

Uno de los grabados representa un grupo de venados que, abandonando los frondosos bosques de haya del Pirineo, se dirigen á los del llano en busca de un alimento que su país les niega. Son machos solos, sin las hembras ni las crías; señal evidente de que el hambre,

que hace á todos los seres egoístas, ha roto los lazos de unión que existen entre los individuos de su especie durante el invierno.

No sucede esto en los países en que las grandes nevadas son anuales y de larga duración. Allí los empleados de administrar los bosques están encargados de vigilar y fomentar la caza, y, por tanto, cuidan de que, á pesar de las nieves, no sufra hambre, dándole el alimento necesario á su sostenimiento en pesebreras



El sueño del cazador

instaladas en sitios excusados del bosque para la caza mayor, y en cebaderos para la menor.

Puede la nieve ocasionar grandes desastres en la caza, como aconteció en Francia en el invierno de 1880 á 1881; pero una sequía tan tenaz como la del otoño último y la presente primavera, no sólo impide que la cría se haga á tiempo, sino que la que llega en tales condiciones se desarrolla laboriosamente, resultando enteca, y los padres apenas pueden sostenerse.

Por último, durante esas grandes nevadas, según el artículo 21 de la ley, « toda caza queda terminantemente prohibida en los días de nieve y en los llamados

de fortuna, » porque, sin más que seguir las huellas, se matarían todos los animales á traición.

IV

El *sika* ó ciervo japonés (*cervus sika*) fué importado en 1860 por Mr. Wils, que envió una pareja á la Sociedad Zoológica de Londres. Éstos dieron muchas crías, que se han diseminado por toda Europa. La especie no es muy grande; mide menos de tres pies de crucero. El *sika* es de un bello color pardo, con manchas de pardo más claro, y tiene encima de la cola una

grande, de un blanco muy hermoso. Sus cuernos son cilíndricos, con pitones muy bien colocados.

La especie es fuerte, y se reproduce sin exigir muchos cuidados. Su aclimatación debe intentarse: el vizconde Powerscourt la ensayó con éxito en sus dominios de Irlanda. Lord Powerscourt hizo sus pruebas, en 1853, con diferentes ciervos y antílopes, dedicando para esto un terreno de 100 acres, con dos tierras de pastos y una de monte. Ensayó con ciervos ordinarios, con el *sambur* y el *axis*, y también con antílopes y llamas. Ni el *sambur* ni los *axis* dieron buen resultado, aunque estos últimos los produjeron mejores que el ciervo ordinario; y todos prosperaron algo más cuando se soltaron en un parque de 1,000 acres. Los aristotes persistieron en la costumbre de su país natal: rehusaron el abrigo durante el día, y murieron, probablemente de resultas del frío y de la humedad.

Introdujo entonces los ciervos japoneses, y el éxito fué lisonjero, no exigiendo ningún abrigo ni otra comida que la que se da en invierno á los ciervos y á los gamos, es decir: heno y maíz. Probó también con habas y con tortas de lino, pero no con provecho. La sal de roca deben tenerla siempre á su disposición.

Los ciervos japoneses introducidos por Powerscourt en 1860 se han multiplicado hasta unos cien individuos. Muchos se han matado para vender su carne, que es excelente, y tienen bastante grasa en las ancas; y otros se han distribuido de tal modo, que pue-

de considerarse el *sika* como una caza de parque.

Se encuentran en Killarney, en los bosques de Mucros, de Glenstal, en la posesión de sir Groker Barrington, cerca de Limerick; en Castle Wellan, perteneciente á lord Anneley, Conde de Devon; en Colebrooke, de sir Víctor Brooke, etc.; y en Inglaterra, en la de lord Hachester, Melbury, Dórset y en la del Barón de Rothschild, en Waddesdon Manor, cerca de Aylesbury.

El Vizconde considera al *sika* como una buena adquisición para los gastrónomos. La carne es de un gusto delicioso. Los ciervos pequeños, con sus pieles oscuras y su ostentosa apariencia, parecen ciervos de Aristote en miniatura. Hacen un efecto muy pintoresco, y al mismo tiempo sirven de ornato y de utilidad. Se les puede ver en Regent's Park; pero cuando se domestican no tienen esa belleza y esa gracia que hace admirarles en el estado salvaje.

Su peso difiere bastante, según la cantidad y la calidad de su nutrición. El Vizconde de Powerscourt dice que su carne tiene el volumen de la de un carnero; y Mr. Harting hace notar que, según las observaciones de Saint-Chin, que pasó algunos años en el Japón, y conoce los *sikas*, su peso difiere considerablemente según la localidad y la clase de forraje que comen. En el sur del Japón, en donde la hierba es agria y seca, pasan raramente de 100 libras; pero hacia el norte, cuyos pastos son mucho mejores en calidad, su peso llega á 200 y 220 libras.





¡VICTORIA!, POR PAHISA

Imp. de Giro